

INDIAS, VIEN—VIENES Y CIGUAPAS: NOTICIAS SOBRE TRES TRADICIONES DOMINICANAS

Manuel Mora Serrano

LEVE BINZA

ESTO QUE PRETENDE SER un ensayo acerca de algunas leyendas dominicanas, fue, primero, una conferencia o charla que dicté el siete de septiembre de mil novecientos setentitrés en la Universidad Católica Madre y Maestra de la ciudad de Santiago de los Caballeros.

El historiador y entonces profesor de aquella alta casa de estudios, Frank Moya Pons, que a la sazón dirigía, junto al poeta Héctor Incháustegui Cabral, la colección de Estudios Dominicanos y la revista Eme—Eme, me invitó a dictar una charla sobre un tema nacional; escogí el de La Ciguapa.

Jamás imaginé que iba a terminar enamorándome de la singular creatura de la imaginación criolla y que iba a arribar a hipótesis no menos singulares luego de recorrer todo el país en peregrinación cultural y de investigar durante más de dos años y medio acerca del extraño y fabuloso personaje.

De todo lo que hasta ahora he sabido que se ha escrito acerca de La Ciguapa, sólo no conseguí unas notas del profesor Federico Henríquez y Carvajal, que menciona Demorizi en su obra **Lengua y Folklore de Santo Domingo**, edición de 1975.

Nuestro portentoso polígrafo, dice, en la obra mencionada, a propósito de la conferencia (que dictara luego, el 4 de septiembre de 1974, en la Biblioteca Nacional, Santo Domingo; “Acerca del tema —tratado casi exhaustivamente— pronunció una bella conferencia,

... , el poeta y crítico Dr. Manuel Mora Serrano” (página 317).

Pues bien, Rodríguez Demorizi tenía razón en aquel “casi”, porque recién ahora cuando me dispongo a darle la forma definitiva literaria a aquella conferencia, me doy cuenta de cuánto me faltaba aún por conocer acerca de la arisca, bella y conquistadora Ciguapa.

Al final señalo las personas que han contribuido al conocimiento, todavía incompleto, de los seres que la fantasía nacional ha tenido de poesía y misterio tejiendo leyendas, y que corresponden a los hombres de Indias de los Charcos, Biembienes o Vien—vienes y Ciguapas o Siguapas.

¿MITO, LEYENDA O FABULA?

Antes de abordar nuestro tema, veamos, primero, si se trata de un mito, de una leyenda, o de una fábula.

Si nos acogemos a la definición de la lengua: “Mito es, fábula, ficción, tradición alegórica, por lo común de carácter religioso”.

Leyenda es “Relato de sucesos tradicionales o maravillosos” y viene del latín, *legenda*, cosa que debe leerse.

Fábula es, “rumor, cuento, hablilla. Relato, obra de pura invención”.

Para ser metódicos, diremos, que entendemos que tanto de las Indias de los Charcos, como de los Vien—vienes no puede hablarse más que de leyendas, puesto que se trata de seres reales a quienes la fantasía popular ha adornado con características especiales.

La Ciguapa, podría tener un remoto familiar mitológico, según el decir de Juan Bosch, en las Opías o almas de los muertos, de acuerdo a las antiguas creencias Taínas, pero como jamás ha sido objeto de adoración, ni tenida en dudas por la generalidad de las gentes de las montañas, es, también, una leyenda.

En consecuencia, como se trata de leyendas, de cosas que “deben leerse”, estamos en presencia de creaciones literarias.

¿Quién es el autor o los autores de estas creaciones?

Arnold Hauser nos podría contestar: "Como arte del pueblo se designa la actividad poética, musical y plástica de estratos sociales carentes de ilustración y no pertenecientes a la población industrial y urbana".

Nuestras leyendas pertenecen al arte del pueblo. Hauser agrega que de la esencia de este arte es que tanto los sujetos receptivos como los creadores participen de los resortes de él, a pesar de que no se destaca en estos últimos, ni lo pretenden, su condición de autores.

Como creemos en la existencia de diferentes razas (respetando la posición de los modernos antropólogos al afirmar que sólo existe una raza humana), intentaré un estudio etnológico de los seres que originalmente poblaron la isla que los españoles llamaron Hispaniola.

¿Existen razas? Los etnólogos lo creen así. Nosotros también.

En la poesía del pueblo africano, hay una canción de los negros Susu, de Guinea, titulada "La Luna", que dice: "Así como la mujer no puede ser hombre/ así como lo negro nunca podrá ser blanco".

Jules Romain el poeta francés, decía en unos versos: "Piel blanca, única piel desnuda", sólo para que, sin llamarlo por su nombre, el gran poeta de color, Leopold Sedar Senghor, en su "Mujer Negra", dijera: "Mujer desnuda, mujer negra/, vestida de tu color que es vida, con tu forma que es belleza".

Está claro, además, que los primeros pobladores de la isla no pertenecían, propiamente, ni a la raza blanca ni a la negra, porque su color, según Oviedo, era, moreno claro.

Para contestar a la pregunta: ¿quién es el autor de estas leyendas? hay que estudiar esos pueblos, esas razas; cómo pensaban, cómo vivían, qué etapa de la civilización habían cruzado porque hoy, aún, el estudio de la historia y del arte se hace desde la perspectiva de la producción; ya, Hauser, nos decía, que estábamos en la hora dedicada a la interpretación sociológica de las creaciones culturales, aunque nos advertía que, "no es la última ni ha de durar eternamente".

La lingüística abre nuevos horizontes. Pierre Francastel en su Sociología del Arte, rebate a Hauser y en general a todo el pensa-

miento crítico de vanguardia, declarando, "Es absolutamente falso pensar que las obras de arte, ya se trate de monumentos o de obras figurativas, tengan una realidad y puedan ser creadas independientemente de la colaboración de un artista creador y de un cierto círculo de testigos". "El artista pertenece a la sociedad en la cual vive".

Creemos con Francastel que es así: si hubo negros cimarrones, si hubo indios perseguidos, si hubo frailes piadosos, si hubo amos despiadados, los hombres sensibles de esos tiempos recogieron sus lamentos o sus gritos, y si hubo un artista entre ellos, pudo trasmitirlo a la humanidad. Si ese artista era (como suponemos, que fueron indios y negros) analfabeto (carente de ilustración), sólo podía utilizar el vehículo lingüístico temporal de la trasmisión oral; empero el hecho de que vivan aún estas leyendas, echa por tierra otro postulado de Francastel: "De hecho, sólo los escritos perduran. Lo mismo ocurre con la obra de Arte".

José Juan Arrom en su reciente obra, **Mitología y Artes Prehispánicas de las Antillas**, ha demostrado que los taínos, caribes y ciguayos que poblaron estas islas, tenían un arte auténtico; cuando Román Pané recogió sus leyendas (con suma fidelidad según demuestra Arrom), pasó este arte a la posteridad. Se ha confirmado con las obras escultóricas, que el tallador de piedras, el cincelador en dura madera y el que modelaba en arcilla, no era un caprichoso artista ingenuo, sino un comunicador espiritual de la mitología: un trasmisor de cultura (con fines mágicos y religiosos como en toda sociedad primitiva), con la misma hondura, profundidad, conocimiento técnico y destreza, que el artista del renacimiento.

No tenemos los nombres de ningún Miguel Angel de la era prehispánica; es arte del pueblo según la definición de Hauser; empero, es claro, que esos hombres privilegiados debieron gozar de ventajas sociales, tales, como no ir a la guerra, o presidir consejos. "Que eran artistas creadores y tuvieron testigos", críticos, no hay dudas.

"Los mitos suelen ser compendio de las experiencias de un pueblo, fuente de sus mejores obras de arte y origen de sus creencias más profundas y significativas. En el caso del pueblo taíno, lo que aquel pueblo creó y creyó ha influido en la actual cultura de las Antillas más de lo que se sospecha. Existe evidencia documental para demostrar que los indígenas fueron diezmados pero no exterminados" dice Arrom.

No es labor vana, ni antinacional tratar de desentrañar los misterios de las leyendas populares, todo lo contrario. Lástima que este estudio tenga que ser tan breve.

HISTORIA DE TRES RAZAS

Ya dijimos que el autor de nuestras leyendas es el pueblo, que se trata de leyendas nacionales; haitianas, quisqueyanas, porque tuvieron su origen antes de la división en dos repúblicas, como políticamente aparece hoy.

Esa base de las leyendas (porque estas son parte de la tierra misma), debe ser estudiada de acuerdo con la composición social de esos pueblos en sus orígenes; de ahí que conviene echar una breve ojeada a los Indios Taínos, a los Negros Africanos y a los Iberos Castellanos.

Por orden histórico, veamos **La Sociedad Taína**.

Los historiadores están hoy contestes en quiénes, originalmente, poblaron la Isla de Haití, luego llamada de Santo Domingo o Hispaniola.

Hace más de cinco mil años que nuestra isla está habitada, se supone que los primeros pobladores fueron los ciboneyes, luego los arauacos y finalmente los Caribes. Que al ocurrir el llamado Descubrimiento de América, que el profesor Acosta Saignes, de Venezuela, llama, Invasión, con mucha propiedad, casi la totalidad de los pobladores eran taínos o arauacos y ciguayos o macoriges y caribes, de éstos últimos se sabe que el famoso cacique Caonabo o Caonabó los mandaba, ya que tanto en la parte de Maguá, como en la de Samaná, la influencia del esposo de Anacaona, era decisiva.

A los fines de nuestro estudio, conviene significar que los Indios Ciguayos (que se suponen un cruce racial de caribes y taínos), llevaban el pelo largo, eran velludos y habitaban regularmente en cuevas y no en bohíos, como los taínos.

Al decir de Oviedo: "La gente de esta isla es de estatura algo menor que la de España comúnmente y de color loros (morenos) claros. Tienen las frentes anchas y los cabellos negros y muy llanos, y ninguna barba ni pelos en ninguna parte de la persona así los hombres como las mujeres; y cuando alguno o alguna tiene algo de esto,

es entre mil uno y rarísimo, andan desnudos como nacieron, salvo que en las partes que menos se deben mostrar traen delante una pampañilla, que es un pedazo de lienzo u otra tela, tamaño como una mano; pero no con tanto aviso puesto, que se deje de ver cuanto tienen”.

Aquella sociedad, según Roberto Cassá: “Se encontraba en un neolítico avanzado; en un nivel que, en la clasificación de Morgan y Engels, se puede estimar como de la última etapa de la barbarie, subsistiendo el régimen comunal gentilicio; en la terminología de Malinowsky, en el grado de unidades aldeanas; según la clasificación sociológica moderna que hacen los historiadores soviéticos, en la comunidad clánica desarrollada; y de acuerdo a la clasificación de las culturas mesoamericanas, en un arcaico tardío con variaciones de grado”.

Según Moya Pons: “Apenas si habían alcanzado un grado de civilización comparable al neolítico superior de los antiguos pueblos europeos”. Agregan más adelante: “Los taínos llegaron a hacerse agricultores sin dejar por ello de vivir, al mismo tiempo, de la pesca y de la cacería.”

En cuanto a la cultura, Fray Román Pané, nos dice: “Cada uno, al adorar los ídolos que tienen en casa y les llaman *cemíes*, guarda un modo particular de superstición. Creen que hay en el Cielo un ser inmortal, que nadie puede verlo y que tiene madre, más no tiene principio; a éste le llaman *Yocahu Vagua Maurocoti* y a su madre *Atabex, Iermaoguacar, Apito y Zuimaco*, que son cinco nombres. Estos de los que escrito son de la isla Española, porque de las demás islas no sé cosa alguna, pues no las he visto. También saben de qué parte vinieron, y de dónde tuvieron su origen el sol y la luna, cómo se hizo el mar y dónde van los muertos. Creen que los muertos se aparecen por los caminos cuando alguno va solo, porque cuando van muchos juntos, no se les presentan. Todo esto les han hecho creer sus antepasados, porque ellos no saben leer ni contar hasta más de diez”.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Frank Moya Pons la ha narrado con maestría en su obra, **Historia Colonial de Santo Domingo**, publicada en 1975; a grandes rasgos, resumimos: que en 1492, año del descubrimiento o de la invasión a América, España se unificaba con el triunfo sobre los moros; formaban los españoles una sociedad feudal, lejos aún del capitalismo por-

tugués, italiano o inglés.

Sabemos hoy nosotros, que la idea de la tierra redonda no era un sueño de Colón, que éste lo sabía porque había viajado con los portugueses; lo que ocurría era, que, los genoveses y los venecianos dominaban el comercio con Oriente, unos por el estrecho del Bósforo y los otros por Suez; Venecia perdió la oportunidad porque los turcos tomaron a Constantinopla; luego los portugueses descubrieron la ruta del Cabo de Buena Esperanza.

Se sabe hoy que la razón principal para España aventurarse por el "mar Tenebroso" con Cristóbal Colón, se debió a que éste aportó la octava parte del costo del viaje; a que Luis de Santángel que administraba, por arrendamiento, los fondos de la Santa Hermandad, "vio las inmensas posibilidades de lucro del negocio" y sólo entonces la Reina Isabel llegó a un acuerdo con el marino genovés "que sólo exigía un octavo de los beneficios de la empresa".

El asunto era conseguir un monopolio en el oriente para obtener oro y especias, estas últimas necesarias para conservar las carnes durante el invierno.

Así, que la empresa fue un negocio con riesgos calculados. Lo que sucedió, fue, que Colón falló y en vez de llegar a tierras prodigiosas, llegó a estas pobres islas donde sus pobladores no sabían lavar el oro y que apenas condimentaban con ajíes sus condumios.

La crueldad de Colón se explica; la avaricia de los Reyes Católicos se explica; la rebelión de Roldán, ocurrida en La Isabela, también tiene su explicación.

¿Quiénes eran los españoles que habitaban la Isla? la mayoría, gentes iletradas, con un nivel mental muy próximo, culturalmente, al del Indio, con la diferencia, de que eran Cristianos y habían pasado de la etapa de agricultores a la de ganaderos. . .

Esto en cuanto al pueblo, a la masa, a la mayoría; que junto a ellos vinieron gentileshombres, hijosdalgo; pero en verdad, pertenecían, todos, a una sociedad precapitalista o subdesarrollada, como diríamos hoy, tal era la España de la Invasión a "América".

LOS NEGROS ESCLAVOS

La crueldad de los españoles fue tanta, que en menos de cuatro años la mitad de la población indígena había muerto; muchos por suicidio que acometieron antes de vivir en la esclavitud, tomando el jugo de la yuca amarga; como se hacía necesaria mano de obra para colmar la ambición del Rey, que pedía oro y ñoro y más oro, para el año de 1496 se fija la fecha en la cual arribaron los primeros esclavos; en 1501, los Reyes nombraron a Nicolás de Ovando Gobernador de las Indias y le ordenaron traer negros nacidos en Castilla.

Sin embargo, ya en 1503, Ovando, escribía, al tomar posesión, que "no se enviasen esclavos a la Española, puesto que se huían a los montes de tal modo que no podían ser habidos, y que además se establecían entre los indios y les enseñaban malas costumbres".

Larrazábal Blanco (de quien he citado), agrega: "De esto se puede colegir que ya existían negros esclavos clandestinos antes del citado año de 1503, y en buena cantidad, hasta producir desazón comprobada en la naciente colonia".

En 1505 llegaron más negros. En 1510 llegó otro cargamento, de cincuenta, y luego, más de un ciento.

En 1513, como no hubiera mujeres negras, el Rey escribió a Pasamonte indicándole: "Provéanse esclavas que casándose con los esclavos que hay den éstos menos sospechas de alzamientos".

Luego, bajo la regencia de Jiménez de Cisneros se suspendió el negocio de trata de negros o de esclavos.

Se ha dicho, injustamente, que fue el Padre Las Casas quien introdujo los negros en Santo Domingo. No hay tal, como hemos visto; lo que pasó con el Padre, fue lo siguiente, que condolidos por la situación de los Indios en 1517 y 1518, los padres Jerónimos pidieron al Rey que les mandara más negros.

En 1517, el Padre Las Casas estaba en España en defensa de los indios y pidió al Rey que mandara "una docena más o menos, de esclavos negros porque con ellos se sustentarían en la tierra y dejarían libres a los indios".

Y así, el tráfico siguió.

Pero, en 1519, ocurrió un acontecimiento singular en la historia de América; un indio se había sublevado y se había internado en las montañas a luchar contra el invasor europeo; es la epopeya de Enriquillo, el primer gran rebelde del nuevo mundo.

Los cronistas de indias omiten la presencia de negros junto al cacique taíno; pero, en las palabras de rendición pronunciadas por Enriquillo, éste declaró: “e que quando los chripstiano le hiciessen saber que andaban algunos negros alzados, los haría tomar, e que si fuesse necesario, él mismo yría á lo hacer y enviaría capitanes a ello, para que los tornassen é los truxessen á poder de los chripstianos, cuyos fuesen los tales negros”, tal como lo registra Oviedo.

Hubo más alzamientos de negros, en 1522 se alzaron como veinte que conquistaron a otros veinte y se acantonaron cerca de Ocoa; allí fueron casi exterminados.

Luego fueron famosos los alzamientos de Diego de Ocampo o del Campo; del negro Lemba que “anduvo oculto por Higüey por más de quince años por allá por 1548”.

En fin, mientras algunos, como Franklyn Franco, sostienen, que hubo unos doscientos negros con Enriquillo, es cierto que hubo algunos; pero quizás nunca sabremos el número exacto.

Nuestros esclavos negros, nuestros abuelos, eran también pobres gentes sin letras, sin bienes, sujetos al capricho de los años.

Venían de sus lejanas selvas y no podrían volver nunca; sus familiares jamás sabrían de ellos; estaban obligados a vivir en otras tierras, amar a otras gentes, hablar otras lenguas, adorar otros dioses. Nada puede ser peor que la esclavitud.

Es claro que las razas más sufridas eran la taína, la ciguaya y la negra. Los españoles, sólo por tener el color blanco, gozaban de privilegios, tantos, que aún hoy pesan en la misma tierra que aún no han acabado de explotar.

Esa es, así, a grandes rasgos, la visión general de las tres razas que poblaron la isla. Descartamos al pueblo español como fabulador; los españoles podían volver a sus tierras algún día, ricos, poderosos; sus

añoranzas eran de otro color, su lucha de otra forma; no tenían que alzarse, no tenían que inventar fábulas, no tenían que esconderse de nadie.

Está muy claro, entonces, que el pueblo creador de las leyendas, era, o el negro o el indio, o el mestizaje de ambos.

Por lo menos, sabemos, que ya para 1503 había negros alzados y que se temía que aleccionaran a los indios y "les dieran malas costumbres" como decían los españoles del amor por la libertad del negro; se sabe que hubo cruces públicos de negros y de mulatos, les llamaban grifos, y alcatraz a los de negros e indios, según Larrazábal; otros registran que frigos eran los hijos de negros e indios.

NACIMIENTO DE LAS LEYENDAS

Según Hauser "los negros de la costa occidental africana, que practican la agricultura productiva, viven en aldeas comunales y creen en el animismo, son estrechamente formalistas y tienen un arte abstracto rígidamente geométrico como el hombre neolítico".

Se sabe que hubo poetas entre los taínos, los areytos lo prueban así; y estos a su vez eran leyendas y mitos; el arte de los taínos era tan elaborado que aún hoy causa asombro, todo ello indica que era un pueblo apto para elaborar leyendas, para tener poetas, hombres capaces de crear mundos coherentes imaginados.

De los negros puede decirse otro tanto, sobre todo, al cabo de algunos siglos y sobre todo, luego de fundar familias; porque sabemos que el africano es hombre de viva imaginación y hay pruebas de una vieja literatura oral en todo el continente de los negros y su mitología mezclada con la religión católica ha hecho surgir hasta religiones, seguidas, por lo menos, oficialmente, por un Estado, el de Haití.

En la literatura haitiana hay constancias de que muchas de nuestras leyendas viven también allí, y eso prueba la antigüedad de las mismas; porque no obstante el constante intercambio, hay leyendas locales que no pueden variar a menos que un acontecimiento obligue a las gentes.

El pueblo no crea por diversión, crea por ignorancia quizás, para explicar fenómenos que no puede comprender, como el niño; pero siempre con un alto sentido o de la belleza o de la filosofía, y sus seres arrancan de algo posible, tienen una base real.

Son los artistas especializados, los que disfrutan de ocio y de formación cultural privilegiada los que pueden fantasear en el vacío; aún así, es necesario un tránsito de la vida rural a la vida semiurbana; se me dirá que siempre hubo “jabladores y locos”, y es verdad, siempre hubo poetas y grandes fabuladores en todas las épocas; si se recuerdan sus nombres no es arte folklórico o del pueblo, y aquí nos interesa ese gran creador anónimo que, por ser tan desconocido es el más conocido; cualquiera puede ser el autor, todos son los autores.

Hay muchas personas que gozan de prestigio que declaran que el “mito” de la Ciguapa y el de las Indias de los Charcos es el mismo y hay quienes sostienen por otro lado, que la leyenda de la Ciguapa y la de los biembienes o vien—vienes, es la misma.

Conviene que conozcamos las leyendas. Veámoslas en orden de aparición en la literatura, o en la historia.

LAS INDIAS DE LOS CHARCOS

Don Emiliano Tejera escribió un valioso diccionario donde recoge muchas palabras indígenas. No registró la voz Ciguapa o Siguapa. Su hijo, don Emilio se creyó en el deber de agregar en unas notas para la edición de 1951, lo siguiente: “Mujeres indígenas que, según creencia de algunos campesinos, viven en el fondo de los lagos i de los grandes ríos. Salen a la orilla a peinar sus largas cabelleras, pero es casi imposible verlas, porque huyen i se sumergen en las aguas cuando advierten la proximidad de algún ser humano. Para seguir sus huellas es necesario ir hacia atrás, pues tienen los pies al revés, con los talones en la parte delantera. Como los indios Ciguayos usaban el pelo largo, —tendido sobre la espalda, la voz ciguapa puede ser corruptela de Ciguayo, aplicada a seres de abundante cabellera”.

Juán Bosch dice acerca de Las Indias: “Todavía hoy, al través del tamiz de cinco siglos este Cemí Cuadrúpedo (se refiere a Opiyelguoviran, que según Fray Román Pané: “Del Cemí Oiyelguovirán dicen que tiene cuatro pies como de perro; es de madera; muchas veces, por las noches salía de casa y se escondía en la selva, donde iban a buscarle, y vuelto a casa lo ataban con cuerdas, pero él se volvía al bosque. Cuando los cristianos llegaron a la Isla Española dicen que éste huyó y se fue a una laguna; que lo siguieron por sus huellas, pero no lo vieron más ni saben nada de él”) gobierna hilos de leyendas ingenuas en nuestros campesinos; se ha transformado ya, pero reposa

en lo hondo de los remansos de los ríos y en noches de luna el sencillo hombre de tierra adentro jura que un indio o una india, alisa sus cabellos con peina de oro. Es peligroso acercarse a los ríos, porque si bien la aparición se pierde en el agua como lo hizo en la aborígena imaginación, el Cemí Opiyelguoviran, podría muy bien enojarse y desatar sobre la cabeza vagabunda del intruso incontrolables males. . . A la vera de cada río poco conocido, porque viene tupido de monte, o porque corre tan embarrancado que apenas se le puede reconocer, hay una cueva con un santo indio”.

Y agrega “que en La Vega, en el campo llamado Río Seco, un señor le dijo: “La cueva es pequeña, pero hacia adentro se ensancha, aquí hay un santo con cuatro patas que sale todas las noches a bañarse en el río”.

El escritor haitiano Jacques Sthépen Alexis en la novela **Mi Compadre General Sol**, sostiene que existe una leyenda en el Artibonito según la cual, las indias se alisan los cabellos con peines de nácar en la orilla del río.

Miguel Angel Monclús en unas notas tituladas “El Folklore Dominicano”, que aparecen como apéndice de su novela **Cachón**, dice: “El concepto que se tiene de los indios, desnaturaliza la especie de los primitivos pobladores de la isla, convirtiéndolos en seres fantásticos y misteriosos que viven bajo el agua, habitando el fondo de las lagunas o el de los charcos profundos de los ríos. Casi todas las lagunas del país tienen una leyenda de indios cuyas hazañas son temas de los más interesantes relatos del folklore nacional”.

El también novelista haitiano, Jacques Roumain, en su novela **Gobernadores del Rocío** dice: “Los viejos Mahotiere cuentan como que la Señora del Agua es una mujer mulata. A medianoche sale de la corriente y canta y peina su larga cabellera chorreante que hace una música más dulce que los violines. Es un canto de perdición para el que lo escucha, no hay signo de la cruz ni nombre del padre que pueda salvarlo, su maleficio lo agarra como a un pescado en una nasa y la Señora del Agua lo espera al borde de la fuente y canta y le sonrío, y le hace señas de seguirla al fondo de las aguas de donde no volverá jamás”.

En nuestras investigaciones por todo el país comprobamos que el mito de Las Indias de los Charcos existe aún. Hay personas que sostienen “haber visto indios”, otros dicen que “viven indios en una

cueva que hay en ese charco, no vé que no tiene fin” y esta leyenda la he escuchado en todas partes, en llanos y en montañas.

Señalamos que es un simple cuadro bello, entre nosotros, a diferencia de lo narrado por Roumain de la Señora del Agua, que es prosopográficamente, o sea, físicamente, igual a nuestra India y a la de la orilla del Artibonito de la que habla Alexis, con la diferencia de que la mujer es “mulata”. . . ¿pero, acaso entre nosotros no se nos nombra “indios”, a los mulatos?

Sólo Emilio Tejera dice que esta mujer india del charco es la misma Ciguapa; ya estudiaremos la leyenda de ésta y arribaremos a conclusiones entonces.

LOS BIEMBIENES O VIEN—VIENES

Como ya vimos, cuando Enriquillo se entregó dijo que perseguiría a los negros; lo hizo; sabemos que muchos no se entregaron nunca; luego, cuando las despoblaciones ordenadas por Osorio en 1604, también escaparon más, y más nunca se supo de ellos.

Larrazábal Blanco dice acerca de esto: “Las sierras de Baoruco fueron siempre lugar a propósito, como ya se ha visto. Escondrijo de los indios y de los negros de la Isla, los historiadores citan la existencia de negros fugitivos en esas montañas en el siglo XVIII, y aún la tradición señala la existencia de seres extraños llamados Biembienes. Según autores franceses el gobernador Bellecombe en 1785 reconoció la independencia de un grupo de negros esclavos alzados en el Baoruco, comandados por uno de nombre Santiago. La misma independencia fue reconocida también por el gobernador español Isidoro Peralta y Rojas”.

El Padre Carlos Nouel apunta en su **Historia Eclesiástica**, que “esclavos fugitivos de la colonia francesa a mediados del siglo XVIII, se encontraban al abrigo de persecuciones en las mencionadas sierras, hacía más de un siglo. Las poblaciones temían y sobre todo la parte francesa, pues de vez en cuando caían sobre ellas y “ejercían actos de inaudita crueldad”. Por Real Cédula del 21 de Octubre de 1764 se dispusieron medidas pacíficas, los negros dejarían las montañas, se incorporarían a la vida civil y se fundarían pueblos donde vivirían como hombres libres. Pero los negros no aceptaron y no abandonaron sus lares”.

Carlos Nouel agrega: "En esas montañas existen todavía esos hombres, semi-salvajes, conocidos con el nombre de vien-vien; nombre que se les ha dado porque es su grito ordinario; el único sonido articulado que se les ha oído. Sin lazos con la sociedad viven desnudos, retirados allí en lo más profundo de aquellas selvas. Desde hace algún tiempo no dan señales de existencia, pero es porque se han internado en aquellos impenetrables bosques y al decir de personas fidedignas, han escogido como refugio el punto llamado Gualorenzo que es uno de los más apartados de la comarca".

"Anteriormente —sigue diciendo— solían bajar de las lomas a los conucos distantes de poblado para proveerse de víveres y granos; y varias veces se les ha visto durante dos o tres noches consecutivas, en la cima de las montañas de Paradis que dominan el Petit-Trou, agrupados en son de amenaza dando gritos y alaridos".

"Esto ha sucedido —continúa— cuando han notado por la impresión de huellas, que alguien que no es de los suyos ha penetrado en lo que llamaremos sus dominios; cosa que ha resultado en distintas ocasiones".

"Los Vien-vien tienen extraordinaria agilidad; semejantes a monos, trepan por las barrancas y las rocas más escarpadas con asombrosa prontitud, en la carrera difícilmente se les alcanza. En 1860 pudo la autoridad militar de Barahona hacer que cogieran dos de ellos, varón y hembra, ya avanzados en años. Traídos a esta ciudad capital, los llevaron al Hospital Militar, donde murieron como a los dos o tres meses".

"Entre los Vie-vien (continúa Nouel) hay una clase llamada "mondongo" que es dada a la antropofagia. Su número según se dice es corto y se conocen por el color del pelo que es rojo amarillo".

"En 1868 los vecinos de Nizaíto Arriba pudieron apoderarse de uno de estos salvajes; era mujer. No articulaba palabra y ladraba como un perro. Traída a esta ciudad (Santo Domingo) vivió en el barrio de Santa Bárbara. El Sr. Canónigo Penitenciario, D. Francisco Xavier Billini la catequizó y luego le administró el S. Sacramento del bautismo, ceremonia que se verificó el 21 de mayo del expresado año. Impúsosele por nombre Isabel María Jesús".

"Algunos meses después, concluye Carlos Nouel, la llevaron al Petit Trou donde vivió algunos años. Nunca pudo hablar castellano.

Escritores hay que han supuesto que los Vien—vien no existen sino en las imaginaciones fantásticas. Lo que acabamos de referir prueba lo contrario.”

Don Carlos Larrazábal Blanco consultó al Lic. C. Armando Rodríguez, a quien llama justamente “ilustrado erudito” y éste, le contestó, acerca de los biembienes, en esta forma: “Desde el levantamiento de Enriquillo, las serranías del Baoruco estuvieron siempre ocupadas por los indios que no vinieron con él a Boyá, después del Convenio. También había muchos negros esclavos prófugos, a quienes los españoles llamaban marrones. Por eso un antiguo bucán de esa región se llamaba Maniel de los negros marrones. Como Ud. sabe, en la parte francesa de la isla, ocupada primeramente por los bucaneros, filibusteros, etc. lo que se hablaba era un francés corrompido, pues los bucaneros, en su mayor parte, eran normandos, holandeses, etc., y de ahí que a los indios le llamaran *indiene*, en francés, pero esa palabra, de corrupción en corrupción se convirtió en *biem—bienes*, que significó siempre indios alzados o jíbaros”...

“Después la fantasía empezó a fabricar leyendas. Unos decían que los biembienes eran antropófagos, lo cual era cierto en lo que se refería a los negros africanos, que hacían sacrificios humanos. . . Surgió también la leyenda de las ciguapas o siguapas, que eran. . . personas que tenían los pies con los talones para la parte delantera y los dedos mirando para atrás. Pero, no había tal cosa. La verdad era que esa gente, indios o negros, caminaban para atrás en ciertos lugares para dejar las huellas invertidas y no dejar rastros ciertos de los lugares que habitaban”.

Miguel Angel Monclús en la obra citada dice: “También la existencia de los biembienes tuvo una prueba positiva durante el segundo gobierno de Buenaventura Báez, según oí contar. Entonces, reza la tradición, trajeron a la Capital capturados en las serranías del Baoruco, un par de criaturas bestiales con todas las características humanas. Se entendían entre sí con gruñidos y modulaciones cortas y murieron de soberbia poco tiempo después de ser capturados. La opinión ilustrada clasificó a los sujetos como descendientes de negros esclavos fugitivos en los albores de la Colonia, que a fuerza de esconderse se convirtieron en irracionales. El vulgo, no obstante, los convirtió en una especie real que existe todavía en lo abrupto de nuestras cordilleras”.

Tengo otros datos escritos, uno del doctor Arístides Estrada To-

rres, en una carta del 1973 me dice: "El antropólogo haitiano Jean—Baptiste Romain, dice que en Saltrou a los mestizos de negro e indio se les llama Vien—Viens". Yo interrogué a un delegado haitiano en el Primer Coloquio sobre la Presencia de Africa en las Antillas, celebrado en 1973 en la Universidad Autónoma de Santo Domingo y él me mostró en una parte de su ponencia una nota donde certifica lo dicho por Estrada Torres, es más, me indicó que habían capturado uno por los años del treinta.

Un odontólogo, que ha escrito una novela y otros libros, el salcedense doctor Laudiseo A. Sánchez, en una carta fechada en Cotuy, en 1973, cuenta: "Lo que si parece cierto es que hubo personajes muy atrasados —no me refiero a los indígenas— moradores de los bosques más aislados de la isla, llamados Bien—bien, hace varios años que uno de ellos, de sexo femenino, fue capturado en la Cordillera Central. Las autoridades se empeñaron en civilizarla, pero fue inútil. Desde su captura lloraba y lloraba sin cesar; no quiso comer nada de lo que le ofrecían y cuando la compulsaban a ello lanzaba unos chillidos agudos como protesta. Al fin murió poco tiempo después de su captura. Me parece que de ahí vino la leyenda de la ciguapa".

Como el doctor Estrada nos informaba que en Cabral, provincia de Barahona un amigo de él, Manuel Emilio Matos, le había referido que en esa zona llamaban a las ciguapas "Vien—viens", tal como consta en la serie de artículos que con el título de Turismo Literario en el Sur, publiqué durante el mes de junio de este año (1975) en el periódico El Listín Diario; acompañado del poeta Freddy Gatón Arce visité las regiones aledañas a las sierras de Neiba y el Baoruco, y naturalmente, nos entrevistamos con personas conocedoras de estos mitos o leyendas; el más importante de todos fue el poeta y cuentista Angel Atila Hernández Acosta, de Neiba, que es persona muy enamorada de las leyendas y él nos confirmó el dato de los biembienes o vien—vienes y nos remitió en Cabral adonde un señor llamado Pablo Urbáez.

Tanto Pablo Urbáez, que también nos habló de la famosa cueva y leyenda del Musungo, como un señor apodado Titico Sánchez, con más años que el siglo y otras personas encontradas en los caminos o en lugares públicos, interrogadas informalmente, hasta el testimonio de Los hombres González, en San Rafael, nos confirmaron que en toda la sierra del Baoruco se cree que existieron los biembienes o vien—vienes y lo decían casi con las mismas palabras: "eran gentes

salvajes que también les llamaban ciguapos y ciguapas”; todos usaron la palabra cimarrones.

Hernández Acosta nos contó de una biembién o vien—vien que fue bautizada con el nombre de María Magdalena en Santo Domingo, eso ocurrió por el 1886; fue capturada en El Maniel de Barahona.

Hasta aquí lo que he podido investigar acerca de los misteriosos seres llamados Vien—vienes.

CIGUAPOS Y CIGUAPAS

Realmente me asombra la cantidad de referencias escritas y orales que tengo de las ciguapas; trataré de resumir para no alargar innecesariamente este trabajo, que, como ya he dicho, no aspira a ser ni siquiera un ensayo.

Cronológicamente hablando, la primera vez que la voz “Ciguapa” aparece en nuestra literatura es, en la noveleta de Francisco Xavier Angulo Guridi, que fue publicada en el año 1866 en el periódico *El Tiempo*, según Rodríguez Demorizi; porque el profesor Francisco Batista García en un artículo, señala, que en el fichero del historiador Vetilio Alfau Durán consta que apareció en los números 15 y 22 de *El Tiempo*, en febrero de 1876.

Sin embargo, el mismo Guridi señala en su obrita: “Partidario, pues, de todo lo nuevo o sorprendente, y avezado ya al camino de Altamira, tomé el de Palo Quemado (rumbo a Puerto Plata) el día cuatro de junio del año de mil ochocientos sesenta (1860).

Quizás él quiso, realmente, significar la fecha de la relación que alguien le hiciera a orillas del río Bajabonico, sobre la existencia de un ser fantástico llamado Ciguapa.

Pues bien, hablando con un joven en el camino, dijo que, “en nuestra patria no se conocen los peligros como en otros países”, el joven le dijo: “¿Qué dice usted?” y él contestó: “Digo, que no hay malhechores en esta parte española”. “Ah, es verdad, contestó su interlocutor, pero en cambio hay otra cosa peor. . . si señor, hay otra cosa que roba y mata sin quitarnos la vida o el dinero”; ante su asombro le dijo que era ¡La Ciguapa!

Jacinto —que tal era el nombre del muchacho— le dijo: La Ciguapa, caballero, la Ciguapa es la criatura que con alma como nosotros alienta sólo por el exterminio de nosotros mismos.

Agregó luego: Para que comprenda bien el “mágico poderío” de la Ciguapa, será preciso que lo vea confirmado en la desgracia que lloro sin cesar en medio de estas anchas soledades.

Y le contó, que tuvo una novia llamada Marcelina, que vivían “a espaldas de esa montaña que besando viene el río”, en la casa del padre de ésta; y que, cuando la hermosa Marcelina tuvo quince años le confesó su amor a la orilla del Bajabonico y se comprometieron, cuando se lo iban a confesar al viejo Andrés, padre de ella, en medio de su felicidad, ella grito: “Dios mío. . . ¡La Ciguapa!” y luego se desmayó, que él se alejó con ella del lugar y cuando volvió en ella, le dijo: “Oh Jacinto mío, íbamos a ser felices. . . pero yo vi la Ciguapa. . . Adiós Jacinto”; a los tres días murió.

Jacinto aclara que es “nacido y educado aunque a medias en la ciudad de Santiago” y que no participa por ella de las ideas y supersticiones de estos candorosos campesinos pero que: “Se dice que antes del Descubrimiento de esta Isla existe una raza cuya residencia ha sido siempre el corazón de estas montañas; pero que se conserva en toda su pureza, durmiendo en las corolas de los cedros, y alimentándose de los peces de los ríos, de pájaros y frutas”.

“La Ciguapa, que tal es el nombre con que se conoce, es una criatura que sólo levanta una vara de talla: sin que por tanto se crea que en sus proporciones hay la deformidad de los llamados enanos de Europa, y aún en otros puntos de la América. Lejos de eso, existe una exacta armonía en todos sus músculos y miembros, una belleza maravillosa en su rostro y una agilidad en sus movimientos tan llenos de espontaneidad y de gracia que deja absorto al que la ve”.

“Tiene la piel dorada del verdadero indio, los ojos negros y rasgados, el pelo suave y lustroso y abundante, rodando el de la hembra por sus bellísimas espaldas hasta la misma pantorrilla. La Ciguapa no tiene otro lenguaje que el aullido, y corre como una liebre por las sierras o salta como un pájaro por las ramas de los árboles tan luego como descubre a otro ser distinto de su raza, porque es sumamente tímida e inofensiva al mismo tiempo”.

“En general se le atribuye una sensibilidad sin ejemplo, y se

añade que habiéndola capturado algunas veces por medio de trampas abiertas en los bosques, se le ha visto morir a pocas horas de dolor, anegada en su mismo llanto; pero sin exhalar una sola queja ni menos revelar indignación”.

“Por último, caballero, la Ciguapa (siguió Jacinto) es en su naturaleza idéntica a nosotros; y en cuanto a las manifestaciones del amor infinitamente superior, porque raya en el delirio. Sus celos terminan con la muerte, y es en este sentimiento tan intolerante y egoísta, que el cuadro de dos seres que se aman y acarician le arranca gritos de desolación que sólo se apagan en el sepulcro. Pero no es esto lo más admirable, sino que cuando es hembra la Ciguapa que sorprende esos coloquios muere a la misma hora que ella el joven enamorado y cuando es varón muere la amante como murió mi pobre Marcelina”.

Juan Bosch dice: “La Ciguapa es una diminuta mujer india, cuyos cabellos la visten. Tiene los pies al revés y sólo camina de noche. Mucha gente asegura haberla visto, mas siempre es difícil cogerla, porque para conseguir tal cosa es menester perseguirla con un perro cinquero. Abre en las horas de la noche las mal cerradas puertas de las cocinas campestres con el fin de comer carne cruda. Ningún campesino es capaz de dejar parte del animal sacrificado en el patio o en la cocina de aldaba floja”.

Cuanta que un tal Eliseo Veloz “de los lados de Tavera” le refirió que una vez tuvo una Ciguapa amarrada al pie de un catre en su casa”.

Sostiene luego: “Esta de la Ciguapa es, sin duda alguna, una indígena leyenda que nos ha llegado por boca de las generaciones. Indio es el color de ella, negro el cabello, habita en los bosques como las Opias y muchos Cemíes. Sólo sale de noche, igual que en la abuela religión la almas de los muertos; indígena es su meloso nombre y sólo la dulce lengua aborígen podía sacar a flor de labios tan bella leyenda”.

Bosch en su libro Indios, que fue editado en 1935, en la parte dedicada a las leyendas, recoge una, titulada, precisamente, La Ciguapa.

La sitúa en la zona de los indios Macoriges; pone en labios de la madre de un esbelto indígena llamada Anaó, un areyto que decía: “En las tierras de Maguá vive La Ciguapa, bella y olorosa, la Ciguapa

de cabellos largos y brillantes, la Ciguapa que camina de noche y tiene los pies al revés"... "De noche sale —seguía el areíto— de noche, cuando los cocuyos iluminan el bosque. Es bajita y se cubre con sus cabellos, vive en los árboles, en el jovo, en el guanábano bien oliente"... El hijo de ella, Guasiba, que oía el areíto bién que lo sabía porque Yacanitex el viejo Bohuti (brujo o sacerdote) juraba haber visto una ciguapa en tierras de arijunas: "Nada, decía, tan blanco como su sonrisa, nada tan oloroso como su cuerpo, nada tan erguido como sus senos. . . Yocari Vagua Maorocoti, el bueno y grande rey de los dioses, dará en premio una tierra nueva e inmensa al que le dé hijos de una Ciguapa".

La leyenda culmina en la búsqueda del Macorix—Guasiba, él desea el amor de la Ciguapa y el poder que podía obtener gracias a la promesa del dios de dioses, pero muere en la empresa; una cotorra es quien cuenta la historia: "Una higuaca contó la historia de Macorix—Guasiba: los ojos negros de la Ciguapa más bella y más arisca de Maguá, vieron, la segunda noche, la sombra del Indio. Ella sabía tras qué andaba el Macorix". "Estuvo largo y largo rato contemplándolo, después bajó del Amacey, cariñosa y distinta. Al inclinarse sobre el cuerpo del enfermo un gigantesco cocuyo iluminó el negro cabello, apenas alzó un punto de brillo en los ojos del Guasiba",,,. "La Ciguapa arisca estaba tierna y admiraba la barbilla atrevida y los músculos duros, más duros que el capax, del Macorix. Pero de los labios encendidos de Guasiba sólo una palabra se oía: Anaó".

"Mucha agua del río ha pasado frente a ellos cuando la Ciguapa vivió la verdad: frío como la ciba en la noche, frío hasta dar miedo se hizo el cuerpo del enfermo. Se habían cerrado sus ojos y los labios tenían color de maisí tierño. Todo esto vio la Ciguapa; todo esto vio y lloró"... "con sus propias manos, pequeñas, oscuras y ágiles, cavó la Ciguapa el hoyo, orilla del Guaigüí. Güey al levantarse en la mañana, encontró cambiada de sitio la ciba grande, la más grande del arroyo" "Las mujeres sintieron el agua salda: se la dieron las lágrimas de la más bella y arisca Ciguapa que viviera en Maguá".

Agustín Aybar, periodista santiagués, en 1947, narra: "La Ciguapa es un ser que media entre el animal irracional y el hombre: diré que ni es uno ni otro, que es un animal que parece gente ó una gente que parece animal"... "tienen ellas los pies volteados hacia atrás, con el calcañal delante; el cuerpo cubierto de vellos gruesos, y sus cabellos tan largos y abundantes que, como un manto las protegen de las inclemencias de la intemperie" "No hablan, pero sus emociones

las expresan por medio de unos jupidos que le son característicos. Se pueden oír, aún hoy, en el interior de las montañas”.

Cuenta luego, que un amigo suyo, llamado Señor Simón Peralta, oriundo de las lomas de San José de Las Matas le contó de unas ciguapitas retozonas que siempre venían a jugar cerca de su casa; que sus hijos se hicieron amigos de las ciguapitas y vivían jugando en un cafetalito; tanto intimaron, que una se quedó en la casa y hasta le cogieron cariño; pero que, el cura lo supo y le dijo que tenía que salir de esa cosa mala; los muchachos se vieron privados de su compañerita; pero qué vá, al poco tiempo volvieron las ciguapitas a jupiar y jupiar y los muchachos a jugar con ellas, hasta que la misma amiguita volvió a la casa; otra vez lo supo el cura y entonces él se armó de una escopeta, se fue al firme de la loma, disparó al aire, sólo para asustarla, y ella se fue y no volvió más.

Parlero señala que para capturar una Ciguapa es preciso: “Cazarla de noche, en viernes de cambio de luna y con un perro negro que tenga blanco el hocico, la punta del rabo, las cuatro patas y el lomo del espinazo”.

Miguel Angel Monclús, en el libro citado, narra: “La existencia de las Ciguapas, seres humanos de largas cabelleras que tienen hacia delante los talones de los pies y que cuentan una tradición que viene de los aborígenes, mantiene vivas unas fábulas que se distinguen como de las más persistentes y más curiosas de nuestro acervo nacional”.

A propósito del Ciguapo, hay una estampa de Rafael Damirón que data del 1938, titulada “La Canción del Ciguapo” y situada la leyenda en las serranías del Baoruco: “Cuentan que por allá, sobre esas milenarias excelsitudes de la naturaleza erraron con toda su pesadumbre de vencidos, los últimos representantes de la raza quisqueyana, que es por eso por lo que a las veces, en las noches calladas, bajo la sujerente luz de la luna, entre el murmurío de las cataratas, se escucha una triste canción, como de agonía, como de angustia y de ansiedad.

“Los campesinos llaman a esta extraña sinfonía, La Canción del Ciguapo, y en viernes santo van en romería hacia la montaña para oír votivamente sus querellas, aún no traducidas por ningún sabio de tierra adentro. Ningún habitante desconoce este raro lamento que parece como que es el suspiro del monte cansado y soñoliento, diría-

se, que es la queja de la piedra o el sollozo de los siglos.

“Los niños, los ancianos, los jóvenes fuertes y las muchachas más encantadoras, cuando algún forastero les interroga intrigado, contestan de la misma manera: Es la Canción del Ciguapo, “a pesar de todo, no llego a explicarme la misteriosa Canción del Ciguapo”.

Angel Antonio Estrada Torres publicó en 1946 en el No. 1 del **Boletín del Folklore Dominicano**, un artículo que tituló, **Las Ciguapas**:

“Es indudable que la creencia en la existencia de “ciguapas” tiene su origen en nuestros antepasados indígenas, pero ha sido modificada al adaptarse a las supersticiones del vulgo dominicano”.

“En la siguiente forma creen en ellas los campesinos de la provincia Duarte: “Son unas mujercitas alegres y vivarachas que viven en profundas cuevas en medio de las montañas, están dotadas de una negra, lacia y abundante cabellera que les llega a los tobillos, siendo ésta su única vestidura. Su piel es oscura y caminan tambaleándose por tener los pies invertidos, es decir, con los talones hacia adelante. De noche salen de sus escondites en busca de amor y diversiones, pero como entre ellas no hay machos, se enamoran de los hombres, a los que raptan cuando las condiciones les son propicias”.

“Así cuenta Niño el Cojo una aventura que tuvo con una Ciguapa:

“Yo diba para Cabrera a comprai uno’j pueico, y a éso de la sei de la taide me demonté má cansao que un perro a la orilla de un montecito a comei una totillita que llevaba y me doimí, a lo muu-cho me depeité y me ví amarrao con uno bujuco en un lugai aluzao poi cocuyo y con má lujo qu e ná. Ay principio se me metió ei muchachito (tuvo miedo), pero dipué me acoidé de loj cuento de mi agüela y dije: Eto debe sei la cueva de una Ciguapa, y me puse a relojiai, cuando en un rincón la vide trensándose lo cabello y la risá de mí. Antonce yo le dije: Suéitame, que si yo rompo eto bujuco te mato a trompá, pero ella vino y empezó a besaime y a decí que quería sei mi mujei, y yo aguaitándola chiquita pero buena jembra, le dije: Suéitame, que a quién le dan pan que no coma.

Quando a lo cuatro mese me le pude juí, la dejé con la barrigota, y jallé a mi mujei cerraíto e prieto poique me tenía poi mueito”.

Alfredo Fernández Simó en su novela costumbrista **Guazábara**, relata: "Cuando en las grandes siembras de café empezaba a tumbar los montes, antes de talar, marcaban el terreno con unas trochas largas y por esos mismos callejones bajaban de noche las siguapas a robarse la sal y la manteca. Pero, aunque las sentían escarbando en las cocinas, nadie se levantaba, se contentaban con dejarlas hacer y deshacer y ni siquiera ladraban los perros, porque ellas los bajéan primero. Noches había que no les permitían pegar los ojos y se las pasaban desvelados en sus barbacoas, contando las horas hasta que ellas les daba la gana de volverse al monte, y namá se les oía el canto: Jup, jup, jup". "Loma adentro, sembraban los fijoles en los claros y así que cerraba la noche, venían de ni sepa dónde y desenterraban los granos. Cosas que yo no sabía oí contar en esa reunión: no hay machos sino hembras, y cuando se enamoran, porque dicho sea de paso, se encaprichan igualito que las mujeres, no le pierden ni pie ni pisá a su hombre hasta que éste, despavorío tiene que consentir. Echarles mano ya es cosa más difícil. Que se sepa el único sistema conocío, asigún aseveró el mentao Tolentino Fermín, es chubarles un perro cinquenho y más adelante las encuentra usted añingotás soplándoles: "¡Sió perro! ¡Sió Perro! muertas del miedo, hay que seguirle la huella, no como al cristiano nació de mujer bautizá, sino por la dirección de los calcañales, porque tienen los pies al revés y cuando corren, les suenan como chancletas".

Más adelante Fernández Simó narra: "Fue en La Vega —terció otro donde sucedió lo que les voy a contar. Pero la verdá se dicha, tampoco voy a jurar que las he visto. Cierta día, un hombre salió a cazar camino de Jarabacoa, donde andaba el puerco cimarrón jugando al garrote por entre esos pinares. Después de mediodía caminando monte adentro, el perro que lo acompañaba rompió a ladrarle a un tocón lleno de flecos. Receloso, poique no cataba pájaro ni animal, se acercó y vió que no eran tales flecos ni bejucos como había creído primero sino cabellos. Y de lejos, comenzó a levantarlos con el cañón de la escopeta. ¡Y aquí fué donde retorció la puerca el rabo! ¡Oigan esto! Se encontró con ún par de ojos como de gente que lo miraban. Los de una Ciguapa, mansita como una gallina y se la llevó al pueblo. Pero taba de parto y los pechos le diban estilando leche. Cuando el hombre del cuento se aburrió de ganar dinero con la pájara esa, llegó hasta a pasearla por las calles, pero el cura lo obligó a devolverla al mismo sitio del monte en que la había capturao, poique se manijaba llorando su cría, la pobre. Esa no llegaría a una vara de alto, asigún me contó el viejo Tomás, que es hombre serio que no dice una cosa por otra".

“No se figure nadie, que esas son cosas de ahora. Mi abuelo juraba haber visto siguapas y los indios también, que éstos últimos viven en cuevas, abajo el agua. Y cuando el río suena, por algo será”.

Emilio Rodríguez Demorizi cuenta: “La enigmática tradición de la Ciguapa, de las más curiosas de nuestro folklore, extraño engendro de pies vueltos al revés, de la que todos hablan, pero que nadie ha visto, ya tiene su literatura”.

Joaquín Priego habla de Onaney la amante de Caonabo o Caonabó, que al saber la suerte de su amado “Se internó en las grutas y cuevas de la Bahía de Samaná, donde nadie debía volverla a ver, enclaustrada con sus doncellas, lejos del mundo, sus moradas fueron las cavernas de Caño Hondo, Boca del Infierno, Los Haitises, La Cueva del Templo, de donde salía a bañarse, y a caminar por las playas añorando el regreso del cacique, pero no volvió nunca; y para siempre quedó en el ambiente la plegaria de Onaney, pidiendo al Dios de las aguas devolverle su hombre y su rey.

“Y para siempre quedaron las huellas en la arena, huellas sin retorno, porque para esquivar la curiosidad de los blancos, solían volverse a sus escondites caminando de espalda. Y aquella romántica historia terminó en leyenda o episodio legendario, decían que habitaban mujeres de largos cabellos y de pies invertidos. Aun nuestros padres cuentan a sus hijos el misterio de aquellas mujeres que suelen ser vistas y que viven debajo de las aguas, las cuales llamamos ciguapas, siendo ésta palabra corruptela de ciguayas”.

El doctor Arístides Estrada Torres en su carta mencionada nos dice: “Lo que aquí se dice (en todo el Sur) de la Ciguapa es exactamente igual que en el Cibao: Cabellos largos, pies al revés, color indio. La diferencia estriba en lo siguiente: por allá se cuenta que a veces la Ciguapa se lleva un hombre y lo tiene a su merced (como entre ellas no hay machos necesitan este concurso) y él sólo tiene oportunidad de escaparse comiendo con sal o haciéndola bautizar. Aquí se dice esto respecto de las indias, tal como me lo ha referido una mujer de Las Yayas. La idea de Ciguapa va casi siempre acompañada de la indígena, aunque los cronistas españoles no mencionan siquiera la palabra”.

El periodista Tirso A. Valdez en carta fechada en New York el 11 de marzo de 1973; “Yo soy natural de Higüey, aunque desde temprana edad me radiqué en Santo Domingo. Y recuerdo que en ambas

ciudades, en efecto, escuché de labios de mis compueblanos leyendas y fábulas en torno a supuestas apariciones de Ciguapas, ocurridas especialmente en San Rafael del Yuma”.

“Hay un señor higüeyano, ya de muy avanzada edad, cuyo nombre es Don Ulises Montás, persona seria, honesta, que goza del aprecio de quienes lo conocen, a don Ulises lo oí, en el 1949, viviendo yo en Santo Domingo en una pensión que tenía doña Venecia de Chevalier en la calle Duarte, que a el, cuando residía en Yuma, se le apareció en un campo una Ciguapa. La describe como teniendo los pies al revés”.

El locutor y periodista Homero León Díaz me refirió dos leyendas de Ciguapas, ambas originarias del Este del país; según una de los Llanos, en los campos de por allí se cree, que las Ciguapas cabalgan los caballos en las noches y además, que les tejen las crines y las colas; y según otra, una vez una ciguapa vivió con un hombre extranjero y tuvieron un hijo, que el marinero tuvo que irse y entonces la ciguapa desesperada se fue a la playa, elevó en el aire el niño y lo mató y luego se suicidó ella.

Este mismo relato de que las ciguapas cabalgan los caballos que amanecen sudados en los potreros y con clinejas en las crines y en los rabos, existe en los campos de Cotuy, Platanal y zonas aleñadas.

El doctor Francisco Báez, natural de Baní y criado en Ocoa, me ha referido la existencia del mito o leyenda en las lomas de su región, igual el doctor Plutarco Sención y el periodista Luis Armando Asunción me han confirmado la leyenda en Baní.

El profesor Ramón Tejada, oriundo de Higüey, también me ha hablado de las leyendas, la de las Indias y la de la Ciguapa en su región.

El escritor Freddy Prestol Castillo que ha escrito algo sobre ciguapas, me ha contado que un encargado suyo en la cordillera central, cerca de Boyá o Bayaguana, persona muy seria, con palabra notarial, le asegura haber visto ciguapas y que lo que comen es guineos maduros.

El doctor Laudiseo A. Sánchez en la carta citada: “Desde mi infancia he oído decir que semejante espécimen humano (la ciguapa) existía en tiempos antiguos, habitaba en los bosques más espesos de

la Isla, era —dizque— una mujer sumamente salvaje, de pelo lacio y largo que le llegaba hasta las rodillas; caminaba hacia atrás, porque tenía los pies invertidos. Cuando algún montero lograba verla, cosa muy rara, salía huyendo desesperadamente lanzando chillidos estridentes hasta perderse en la espesura”.

Un señor joven, llamado Felipe Morla, natural de El Seybo, me confirmó la leyenda de que tejen las crines y colas de los caballos.

El profesor Rafael Eduardo Dickson Hernández (Papeto) que ha sido maestro y que fue inspector escolar por todo el país, sostiene que a él le han dicho los campesinos de las lomas de Cevicos que las ciguapas hablan nuestra lengua, que las han oído decir: Ak—perro, ak, perro.

Un señor llamado Lázaro Reinoso, natural de Naranjo Dulce, San Francisco de Macorís, ha oído la leyenda en Hernando Alonso, Cotuy, en su campo natal y en Estanzuela Abajo.

Leónidas Francisco Henríquez de San Francisco de Macorís, por igual.

Personas muy viejas de Pimentel, José (Chepe) Acosta me ha contado que las hay machos y hembras, que los machos cantan más grave; que él cuando era muchacho salía a perseguirlas, para vivir con ellas, pero que no tuvo éxito nunca; Antonia (Toña) Paredes, que pasó su infancia en el campo de Los Llanos, Castillo, dice que la leyenda de las indias de los charcos las vió ella cuando niña en la orilla del Río Maguá que salían las noches de luna llena y peinaban sus largos cabellos con peines de oro. Créalo, don Manolito, me dijo, yo soy una vieja y no hablo mentiras; en todos los charcos que están azules de tan hondos, viven indios, créalo. Me contó que de “las ciguapas si oyó hablar, pero a gentes del “firme”, porque donde ella vivía no salían.

Mi padre, Manuel María Mora Jiménez que era natural de Bánica me contaba, que cuando era muchacho había una ceja de monte que no dejaban pasarla porque “allí salían ciguapas”.

El profesor Antonio Torres (Tony) me dijo en Azua, que cuando vivía en San Francisco de Macorís le había contado un amigo que en la Sección La Peña un agricultor había notado que le estaban robando el maíz y le tendió una trampa y la que cayó fue una ciguapa, que se

apiadó de ella porque los senos le chorreaban leche, lo que indicaba que estaba recién parida; la dejó ir y la siguió y la encontró luego en una hamaca de bejucos donde tenía su cría que lloraba.

Un campesino oriundo del lugar denominado "Picao de los Toritos" próximo a Baoba del Piñal, en el nordeste del país, Lucas González, al ser cuestionado, me dijo que sí, que creía que hubo ciguapas y que lo que comían era carne cruda; que como ahora hay tanta miseria y nadie puede dejar manteca y carne en las cocinas, "será por eso que ya no hay".

No olvidemos la sabia observación de José Martí: "Cree el aldeano que cuando llueve en su aldea, está lloviendo en el resto del mundo".

En otro lugar, tan remoto, polo contrapuesto del país, en las lomas del Baoruco, el nombrado Clemente Sánchez que fue interrogado en el antiguo Petit-Trou, luego Enriquillo, me habló de las ciguapas; que cuando era joven vio una en la Loma de Chene y que ésta lo llamaba para que le hiciera el amor, pero que él había oído que ellas se quedaban con los hombres y no los dejaban ir hasta que quedaban embarazadas.

El nombrado Los Hombres González también confirmó el mito, pero para él era lo mismo decir: ciguapas, ciguapos o biem-bienes. Su relación es del Paradis, en la misma región del sur.

Luego entrevisté otras personas. En Jarabacoa a un septuagenario nativo de la cordillera, de nombre Ramón Rodríguez Abréu, a fines de julio de este año 1975) y me dijo que sí, que las ciguapas eran unas mujercitas "así de alto, que tenían ésto para adelante (los calcañales) y ésto para atrás (los dedos de los pies), vestidas de sus cabellos, que andaban jupiendo entre las lomas para enamorarse de los hombres". Que él, siendo muchacho, sintió una "sobajeándose" tras un seto donde él estaba más a sustado que un chivo. Me dijo que las ciguapas "encantan" a los hombres si uno le va de frente; porque esos son "seres encantados". Asegura que todavía hay entre esas lomas.

En un carro público de Pimentel a San Francisco de Macorís, entrevisté a un octogenario natural de "campos de Moca", de nombre Abraham Rosado Quezada, el día cuatro de agosto de este año (1975) y me dijo que siendo muchacho en los campos de la Jagua de San Rafael, entre los montes oía desde las cinco de la tarde el jupe-

—jupe, jupe de las ciguapas. Que por eso cree que hay. Me contó una historia de un pleito que hubo entre un perro cimarrón y una ciguapa vieja, que tenía las uñas larguísimas, que eso fue en el nordeste del país, cerca de Magua, en tiempos de montería, que la ciguapa peleó hasta morir y también mató al perro.

El señor José Pérez natural de Baitoa, me contó en su casa de aquel paraje montañoso, que “cuando muchacho oyó hablar de las ciguapas” y su hijo, Juan Andrés Rafael Pérez me dijo que a él, cuando estaba pequeño y lo mandaban a arrear o pastorear las vacas, le daba miedo porque creía que se iba a encontrar con ciguapas.

Otro nativo de ese lugar (el día 16 de agosto de 1975) de nombre Canor Sánchez, andullero, nos charló de ellas; que en los montes de Cevicos las oía de nochecita jupiando, jupiando y las gentes decían que eran ciguapas.

En San José de las Matas me contó de la leyenda José Antonio Jáquez Salcedo. Yiyí; en San Juan de la Maguana y situándola en la cordillera central, nos habló Aneuris Francisco Espinosa y en todo coincide lo descrito anteriormente, con raras variantes; don José Pérez nos dijo que “silbaban”.

En nuestra literatura contemporánea dos escritores jóvenes, el pimenteleño Francisco Nolasco Cordero que nació en región montañosa, en los Haitises, y el francomacorisano Cayo Claudio Espinal, el uno en una novela inédita titulada *La Colorada* (nombre de una abrupta montaña de los campos de Cevicos) y el otro en una leyenda poética aparecida en *La Información*, plantean hipótesis interesantes.

En Nolasco Cordero hay mucho de la tradición nacional (él vivió de niño la leyenda) aumentando por la fantasía natural del novelista—fabulador. En Cayo Claudio Espinal hay pura imaginación, pura hipótesis, escribe su estampa a los diez y siete años, edad en la cual casi no se le tiene respeto al “pueblo” y sí mucho a la literatura. Edad de ser original, de construir en el aire de la imaginación fecunda.

En la novela de Nolasco, la mujer de un agricultor, Paco Villa, de padres españoles, llamada Antia, ha quedado en el rancho con uno de sus hijos porque el marido ha ido de viaje a Santo Domingo; la vivienda está en la loma La Colorada que pertenece al complejo montañoso llamado Los Haitises riquísimo en leyendas indígenas y

sobre todo en cavernas; la familia, como acontece con los campesinos de siempre, ha cerrado las puertas temprano; en la alta noche escucha Antia unos gemidos suaves, ni muy graves ni muy agudos; ella cree que es un perro jíbaro, pero los gemidos se acercan sutiles y comprende que no es cosa de perros. "Entonces le viene la idea de que puede ser una Ciguapa. Ella nunca ha visto este animal misterioso". El perro de la casa, Solimán, ladra en el cercado, pero el ser misterioso lo ensalma. Entonces "da un salto prodigioso "como si tuviera alas" y cae en el limpio terreno de la alta vivienda. . . Aunque Antia se está muriendo del susto se consuela pensando que "las ciguapas no le hacen daño a nadie". . . "Tira un ojo por una reja hacia fuera y su vista recoge bajo la luna clara como el día, a una mujer hermosa llena de miedo, frío y vergüenza". "Antia mira fijamente por la rendija, la mujer misteriosa menea en su espalda de un lado a otro una enorme cabellera negruzca que descansa sobre sus nalgas robustamente combadas. Todavía Antia duda: ¿Será india o Ciguapa? , he oído decir que las indias poseen cabelleras así y que son hermosas también". "Al momento se percata de que está cubierto su cuerpo de vellos finos, abundantes. . . Su rostro al igual que todo su cuerpo, es moreno. Está de frente a la luna, su nariz es moderadamente larga y fina, sus ojos negros. . . las pestañas larguísimas. . . su cuello es redondamente pulido, sus brazos cortos en relación a su cuerpo; levanta con el dorso de su manecita tímida (más blanca que su cuerpo), una guedeja que tiende a taparle los ojos". . . "La vista de Antia se pasea por la barriga, suave, al centro sobresale el ombligo como un limoncillo y más abajo (cosa extraña) se levanta un sexo que aparentemente debe ser rosado; más extraño todavía, no hay vellos a su alrededor. El lugar en donde van las tetas de las mujeres está cubierto de pelos largos y lacios que terminan sobre el abdomen. Antia piensa: ¿No tendrá tetas? porque no se le ven y si no la tienen ¿con qué alimentará a sus hijos recién nacidos o es que por ser tan misteriosos no comen? Más abajo de sus muslos redondos y gordos, aparecen unas piernas delgadas sobre unos piesecitos que en vez de pisar para adelante pisan para atrás. Antia queda convencida de que es una ciguapa y se da cuenta de por qué el rastro de ellas se sigue siempre a la inversa". . . finalmente la ciguapa entra en la casa y se lleva prendas íntimas de Antia que enarbola en el aire como banderas.

Esta novela está inédita y la ví en los originales en 1973; puede ser que el autor la modifique en la versión definitiva.

Cayo Claudio Espinal, que es poeta joven, cuando escribe y publica en **La Información** su relato "La Muerte de la Ciguapa", cuenta

que éstas son mujeres normales, pero que por una circunstancia extraordinaria (en su caso, la muerte de un hijo) pueden sufrir una metamorfosis: si logran pasar de los jupidos al canto, se operaría la transformación, de lo contrario, la aspirante a Ciguapa podría morir:

“Recordó que su madre le decía que después de unos gritos horribles y estridentes, dentro de los mismos gritos, llegaba, emergía, un canto dulce, fluido y que era entonces cuando ellas podían convertirse en ciguapas o morir”. . . “Los ojos casi se les salían, empezó a gruñir convulsivamente, a crisparse, los pies se les estaban torciendo con un ruido de palo quebrándose, ella gritaba, sudaba granos de lágrimas y el sopor la embargaba. El grito mayor fue cuando comenzaron a volteársele las caderas, chirrió de espanto, la cara se le volvió una mueca, respiraba como resoplando por el estómago, extendió los pies como los esterican los muertos, sintió como los grititos se le iban convirtiendo en una melancolía pesada y espesa, en una tristeza capaz de matarla y de la que salía un canto involuntario, un canto ajeno a sus fuerzas, un misterioso canto sostenido alto, melodioso, que dejó alargarse como un hilo de música hasta que se le rompían las cuerdas vocales, hasta que se le estrellaban las arterias, el corazón arítmico, roja la piel de la cara, morada por falta de respiración fue cayendo a la tierra hasta que sin dejar de cantar, sólo dio una revolcada de pollo y murió”.

El poeta Tomás Morel en un anuncio aparecido en un ejemplar de sus cuadernos populares del Museo Folklórico, se dice que se oye “bajo la sonora algarabía de los pinares, las voces entrecortadas de la Ciguapa”. Así, que también aparece en la publicidad.

Es curiosa la ausencia de la Ciguapa en las artes. Ni en la poesía (supongo debe haber alguna producción y no la he detectado), ni en la escultura; sólo en la pintura hemos sabido que un pintor, tenía que ser alguien de mucha sensibilidad y amor nacional, Jaime Colson, pintó un cuadro en París que tituló “Ciguapal”, como me contara Franklin Mieses Burgos.

Cuando entrevisté a don Sócrates Nolasco para conseguir datos, me dijo éste: “Joven, no escriba sobre lo que no existe y si acaso lo hace, hágalo con belleza, que lo demás no vale la pena”; no obstante, don Sócrates, que es natural de Enriquillo, me dijo que ni en Cuba ni en Puerto Rico, oyó de un mito parecido al nuestro de la Ciguapa.

La Real Academia Española no ha aceptado la palabra Ciguapa en

la acepción que tenemos nosotros; en el Diccionario de la Enciclopedia Universal Sopena se lee: Siguapa o Ciguapa: Amr. Zool. Ave de rapiña nocturna de plumaje pardo oscuro con manchas amarillas y copete o moño negro, su nombre científico es Otus Siguapa (en Cuba y Costa Rica) y agrega: En Costa Rica, árbol que produce un fruto carne color yema de huevo. En la R.D. Ninfa o Sirena”.

El profesor Batista García dice que en Centroamérica se conoce la leyenda de un ser fantástico equivalente a mujer vieja y mala a la cual llaman cigua.

Cigua, se lee en la Apologética, llamaban nuestros indígenas a un árbol maderable y a las aves pequeñas; aún se usa este nombre.

Ciguatos llaman las gentes a las personas que tienen uno o ambos pies volteados o equinos.

Franklin Mieses Burgos me recordó que según la mitología griega, el ladrón por antomasia, Caco, le robó a Hércules mientras éste dormía unas reses y para no dejar sospechas salió de espaldas de la gruta donde reposaba el poderoso semidiós, marcando las huellas al revés.

Emilio Tejera cuenta “En la cuenca del Guaviare, Colombia, una región poblada por indios, existe la Maripipana, sacerdotisa de los silencios, celadora de manantiales y lagunas, cuando pasea por la orilla de los ríos marca la huella de un solo pie, con el talón hacia adelante como si caminara al revés.

Avala la creencia de que en Cuba sólo existe el ave con este nombre, una referencia encontrada en la “Biografía de un Cimarrón”, donde Miguel Barnet recoge lo que le ha dicho el negro cubano Esteban Montejo, que había nacido esclavo.

Dice textualmente: “Lo que si era del coño de su madre era la ciguapa. Silbaba igualito a un hombre. A cualquiera se le enfriaba oyéndola. No quiero pensar las veces que me fastidiaron esos bichos”.

Decimos que no existe con la misma connotación que aquí, porque Montejo no asociaba el grito con el sexo, ya que antes decía: “La pura verdad que a mí no me faltó nada en el monte. La única cosa que no se podía hacer era el sexo. Como no había mujeres, tenía que quedarme con el gusto recogido. Ni con las yeguas se podía pisar

porque relinchaban que parecían demonios”.

Juan Bosch dice que conoció una leyenda que relató un viajero español que pasó por el Himalaya. No abunda en detalles.

En un cuento del ecuatoriano Joaquín Gallegos Lara, que lleva por título “La Salvaje”, aparece un ser muy parecido a nuestra Ciguapa.

“La Salvaje raptaba a los hombres. Se los llevaba al monte. A tenerlos de maridos”.

Y cuenta lo que les ocurrió a dos amigos en un diálogo expresándose en lengua del pueblo, lo que da una idea de que allá la leyenda vive entre los campesinos, como aquí: “Es güena, caracho! Izque le relampaguean los ojos pior que ar tigre. ¡Tiene unos pechotes! y es peludísima. Pero ser cristiano varón que cae en su mano no vuerve jamás pa lo poblao. Y es jimposible seguise el rastro: tiene los pieses viraos ar revés”.

“De día nerviosamente la buscaba tras todos los brusqueros. O metida en el hueco de los gigantescos higuerones. De noche soñó dos veces con ella. Velluda y lasciva. Con su carne prieta que imaginaba igual a la leña de los figueroas”.

“Unos brazos. ¡Qué duros y blandos a la vez! , como el caucho! Una boca. Un caimito succionante y pegajoso, que chupaba activo y de repente cesaba; se dejaba; parecía nada más ya que la pulpa dulce de una rara guanábana sin pepas. Y un peso encima. Se iba dando cuenta. Los pechos, era verdad lo que contaban —eran redondos, y tibios. A Viviña le recordaban los de una longa, criada en el pueblo y que fue suya. Ese vientre en movimiento. Se notó echado de espaldas. Apoyados los riñones en una raíz de higuerón.

“Y la sensación chupante y ruda del centro de esos muslos que lo envolvían con avideces de culebra. Y vino el mareo del amor.

Pero entre esas caricias cada instante más multiplicadas y feroces que en el extremo vibrátil de su ser le dolían y las gozaba ¿qué sentía?

“Ah! ¿Por qué?

“Los brazos amantes le apretaban el cuello. Se ahogaba. Había tenido todo el rato los ojos de “ella” negros y llenos de luz llameante frente a los suyos. En la angustia los vio borrarse y perderse en el apretón.

“No. . . Suerta. . . No.

“Las palabras no sonaron. Tabletearon como martillazos dentro de su cerebro. Ya no se defendió. Ella encima, cálida, lo envolvía. Se entretejía con brazos y piernas. Por los besos entraba en él el jugo de la montaña.

Y todo, todo se volvió confuso, turbio. Menos la palabra extendida. Inacabable, que le retumbaba dentro:

¡La Salvaje!

CONTORNOS PRECISOS DE LAS TRES LEYENDAS

Manuel Rueda dice: “El hombre no es rey de la creación sino en la medida en que refleja e interpreta los fenómenos que le rodean”, y lo dice, a propósito del mito en el conocimiento del folklore.

Las leyendas no surgen como las orquídeas de la selva, aparentemente del aire y sonámbulamente alimentadas de soledad; los hombres se forjan ideas de las cosas y, casi siempre, en los estratos carentes de ilustración, los poetas naturales, los fabulitas montaraces, tratan de interpretar “los fenómenos que le rodean”.

Recuerdo en mi infancia en el campo, cuando veíamos una flor amarilla “como la mantequilla”, decíamos que de sus pétalos se le daba color al alimento. Mi abuela, que era ágrafa, oriunda de Bánica, sabía muchas leyendas, todo su saber era através de esa tradición ora; en su niñez, en su adolescencia, en su vida, jamás oyó leer otro libro que no fuese algún novenario y ella me contaba la historia de la luna señorita que luego era castigada hasta menguar; yo, iluso, estúpido muchachito escolar, le rebatía aquella belleza poética, hablándole de las fases de la luna y de otras lindezas que aprendía en la escuela. . . ¡Cómo quisiera yo recordar, ahora, aquella portentosa narración que Cecilia Jiménez Arnaud, ya casi centenaria me contaba en mis días de infancia, y olvidar todo lo que se me enseñó, todo lo que leí sobre la luna, luego!

Esa misma nostalgia que me asalta, me aterra al ver con la indiferencia que los llamados "intelectuales dominicanos" ven estos cuentos, estas sagas campesinas.

El novelista Mario Vargas Llosa, refiere: "Los mitos y las leyendas en la selva son como sus árboles y flores: nacen veloces, cobran en un abrir y cerrar de ojos una opulenta vitalidad y con la misma rapidez se pudren y desaparecen".

Cabe entonces preguntar: ¿por qué se han mantenido con tanta fuerza y tan vivas las leyendas nuestras? si se dice que nuestro pueblo es olvidadizo. ¿O acaso prueba la persistencia de estas leyendas, que la "mala memoria" dominicana, no es tan mala?

Estas tres leyendas, que ahora estudiaremos desde las perspectivas prosopográficas y etopéyicas, tienen mucho en común: Surgieron en zonas carentes de ilustración que no pertenecían a población industrial o urbana; practicaban la agricultura productiva; vivían en aldeas comunales y creían en el animismo, estaban, pues, en la era del neolítico, culturalmente hablando. Si se estudia desapasionadamente el asunto, hoy, veríamos, que el mito o leyenda, persiste en estas mismas zonas, hoy; porque en plena era atómica, hay pueblos, lugares, gentes, que viven en pleno neolítico cultural, en absoluto primitivismo, como suelen llamar al estado de un pueblo ágrafo los entendidos.

Del mismo modo que, en "cada niño empieza el mundo cada día", "que cuando muere un anciano analfabeto, se quema una biblioteca", de ese mismo modo, el hombre para ser "rey de la creación", como dice Rueda, reflejará y tratará de interpretar los fenómenos que le rodean. De esa curiosidad nacen las leyendas. Lo difícil es que esas leyendas vivan, que persistan y que, como en nuestro caso, sean nacionales. Veamos por separado cada una leyenda:

LAS INDIAS

No hay ningún retrato físico de nuestras indias que transmita el campesino. Es casi un hermoso ser abstracto, de tan concreto, de tan conocido, casi indigno de describir. Cree el hombre nuestro, que todo el mundo "sabe" como son las indias: mujeres de piel canela, de largos cabellos, senos erectos, manos hermosas, cuerpos esculturales, ojos negros grandes, de hermosa sonrisa blanca, de labios rojos, en fin, las más hermosas mujeres de la historia.

Para muchos, estas indias salen a buscar hombres y se los llevan a lo más hondo de los charcos o de las lagunas, hasta unas cuevas grandes donde viven todos los indios. Hay machos también, según algunos.

Otros, creen que viven en cuevas. Tengo referencias de Los Haitises y de otros lugares, cuentan los lugareños que echan desperdicios en las bocas de las cavernas y al otro día están barridos y alguien me contó, que en medio de una cueva, en las proximidades de Salcedo, hay en la parte ancha de ésta, una especie de tina de agua con cuatro poyos como para poner potizas, que todos en la región creen que es para que las indias pongan sus vasijas mientras se aprovisionan de agua.

Además de hermosas, nuestras indias, según la leyenda, son inofensivas, generosas y sabias. Para un campesino, nadie puede saber más que un indio, de medicina y ciencias ocultas. El señor Rosado Quezada me dijo: "La ciencia que tenían los indios era tan grande, que nadie puede ahora hacer una hacha de piedra como la hacían ellos. Gentes tan sabias no pueden desaparecer. Yo creo que hay indios todavía".

Juan Bosch recogió la tradición del Santo Indio, que es parte de la mitología indígena, ya que el cemí Opiyelguoviran como vimos en la relación de Pané, era de madera y simbolizaba la libertad: cuando vinieron los españoles desapareció y no volvió más. Según Arrom, en lengua taína este nombre quería decir: "espíritu de los ausentes".

Bosch, hace variar la creencia general, sostiene que estos santos indios son peligrosos y pueden desatar sobre la cabeza del intruso incontrolables males.

El carácter isleño de la leyenda, queda demostrado en las novelas de Alexis y Roumain citadas. En Alexis, notamos una diferencia, la mujer india haitiana es más pobre que la nuestra, se peina con un artefacto de nácer; la nuestra, invariablemente, con uno de oro.

En Roumain, hay una evolución en la leyenda, no es como la nuestra, ingenua y estática; según él, los viejos Mahotiere hablan de "La Señora del Agua" y es una hermosa mujer mulata, sale exactamente a medianoche (referencia al diablo), cuando se peina hace una música más dulce que las de los violines (referencia a la sirena) y para más, es fatal, porque como la Lorelei del Rhin, esta deidad haitiana

se lleva al incauto que la siga y éste no vuelve jamás.

¿Alguien vio alguna vez y enfermó de poesía y de belleza para siempre, una mujer hermosa, desnuda, en la barranca de un río, una noche de luna llena, peinándose descuidadamente, en realidad?

Jamás lo sabremos. Nuestra India de los Charcos, señora de las aguas azules, sombra de Anacaona, deidad serena que se destrenza bajo la plata suelta de la luna llena con un peine de oro, debería estar en un atrio, presidiendo nuestras casas, por ser ella la encarnación de la belleza misma, nuestra Venus, la llama viva, la lumbre de la raza hermosa, que, prefirió suicidarse en masa antes que vivir bajo el látigo del conquistador.

LOS BIEMBIENES O VIEN—VIENES

El aspecto físico de los vien—vienes no es, según los relatores, agradable. Los presentan como seres salvajes, irracionales, que han perdido, incluso, hasta la facultad del habla.

Son éstos, violentos, clánicos (viven alejados de todo el mundo y no se mezclan fácilmente con otros), si se les quiere civilizar mueren de tristeza; no aprenden jamás el castellano.

Sus orígenes están en el Baoruco y se supone que desde los tiempos de Enriquillo viven allí; en 1785 formaban una república y se les reconoció su independencia. Según Carlos Nouel viven desnudos, el único sonido articulado que se les oye es su propio nombre y son ágiles trepadores de riscos y barrancas como monos, y corren como el viento.

Isabel María Jesús, la vien—vien bautizada en Santo Domingo, ladraba como un perro.

Los etnólogos haitianos sostienen que son un cruce racial de negros con indias o vice—versa. El licenciado C. Armando Rodríguez cree que Vien—vien es una corruptela de indiene que a su vez lo es de indio y sostiene, que para despistar caminaban de espaldas y dieron origen al mito de la ciguapa. El Dr. Laudiseo A. Sánchez dice algo parecido, que cree que de los vien—vienes nace la leyenda de la ciguapa.

De ser así, como nosotros habíamos sostenido originalmente en

esta conferencia, el vien—vien sería hijo del amor y del miedo, del ayuntamiento del negro cimarrón y la indígena que se escondía; vivían en cuevas profundas, en parajes remotísimos, sin contacto posible con la civilización; olvidarían hasta el habla, crecerían deformes por la carencia de vitaminas y proteínas y por la falta de sol; tenderían, siendo hijos de negros e indios a aclarar el pigmento, les crecerían las uñas y los cabellos desmesuradamente y llegarían a formar colonias alzadas diseminadas por todo el país; terminarían siendo casi enanos por la carencia alimenticia continuada y podrían muy bien, haber dado origen al mito o leyenda de la Ciguapa ¿por qué no?

De todas maneras, el Vien—vien es el fruto de un amor desesperado y es, además, la estampa viva del Cimarrón, un canto, no por salvaje menos hermoso, a la libertad del hombre y a su derecho a vivir sin ataduras.

LA CIGUAPA

La prosopografía y la etopeya de la Ciguapa es riquísima.

Si vamos a no aceptar ciegamente la hipótesis anterior de los vien—vienes (como estamos tentados todos), vamos a ver el por qué hubo necesidad de crear este raro y encantador personaje.

Don Sócrates Nolasco me dijo, además, que él creía que el mito de la ciguapa tenía su origen en el canto de la perdiz, que éste parece un jupido. Pero tan simple no es el asunto, de ahí, a imaginar una mujer pequeña, peluda, salvaje, amorosa, que vive entre los árboles y tiene una deformidad precisa, los pies volteados, hay tamaño trecho.

Podría ser, de acuerdo, que surgiera un mito alado, de un pájaro idealizado, pero no más.

Lo único que tenemos claro es que la palabra no es taína. José Juan Arrom se lo declaró a Arístides Estrada Torres y, además, en ninguna forma puede relacionarse la mitología taína con un ser semejante; no hay ningún idolillo o estatuilla o figurita pintada o tallada que represente un ser semejante. Es más, lo de los pies volteados no parece ser de mucho tiempo atrás, porque Angulo Guridi no lo registra.

Bosch, sostiene, que el mito tiene algo que ver con las Opias o las

almas de los muertos, que los indígenas imaginaban vagando de noche; pero hay referencias de que "salen de día en montes muy oscuros".

Hay un hecho constante: viven en las montañas.

Se dice que hay machos y hembras desde Angulo Guridi. Pero la idea general es de que "sólo hay hembras".

Muchos creen que no hablan, la mayoría; pero algunos sostienen que articulan palabras como Ak—perro y sio—perro y hasta hay quienes digan que hablan como nosotros.

Se alimentan "de peces y frutos" según Angulo Guridi; de Mantecca y Sal, según otros y hasta de Guineos maduros.

Muchos sostienen que son especie de duendes traviesos, que se entretienen galopando caballos en las noches y tejiendo bucles y clinejas en crines y rabos equinos.

Todos declaran que son bien dotadas para el amor. Ya no matan el objeto amado como antes, sino que buscan perpetuar la especie y se lo llevan a sus refugios hasta que quedan embarazadas; para escapar según otros, es necesario comer con sal o bautizarlas.

Mon Rodríguez Abréu me dijo que si uno iba de frente a ellas, lo "encantaban". Esta facultad que el pueblo le confiere de ser un poco mágicas está demostrada cuando pueden ensalmar o "bajear" los perros mansos y que los jíbaros no.

Rosado Quezada ya contó como supo de un pleito en el cual una ciguapa vieja con las uñas muy largas, mató un perro jíbaro y éste a ella, por lo que, además, cuando son viejas, pueden ser peligrosas.

En lo demás, son de color oscuro ("indio"), tienen el pelo negro, los ojos negros, son bellas de rostro, un poco deformes en la proporción de sus miembros (a pesar de lo dicho por Angulo Guridi), como dice Nolasco, es posible que tengan las piernas muy flacas; son velludas y tienen el pelo largo.

No es indígena el mito, se trata de una leyenda que ha tejido el pueblo, ese mismo pueblo que aún vive en el neolítico en pleno siglo veinte, en cuanto a sus medios de producción, y en cuanto a los

instrumentos de su cultura, y es nuestra, pese a la mitología colombiana de la Maripipana y a La Salvaje ecuatoriana tan parecida a la nuestra; puede sostenerse, sin duda alguna, que es una leyenda nacional.

Sea un sedimento romántico de la raza indígena como sostienen algunos; sea el cruce del negro y la india desde los tiempos en que no había negras, se originaran como creen otros en el Baoruco cuando el alzamiento de Enriquillo, o como fuese, el hecho es que la Ciguapa es una bandera, auténtica, de nacionalidad.

Amemos la Ciguapa arisca y bella, la que tiene los pies al revés, la que se enamora de los hombres, como la flor viva de las razas nacionales, como la rosa abierta de la leyenda patria, veámosla, vestida únicamente de sus cabellos mientras nos jupea con dulzura, hagamos su retrato para la eternidad, hagamos su escultura para el arte pluridimensional de los sentidos, para que sea nuestra reina; llevémosla a la literatura, al cuento, al teatro, al ballet, a la música culta y a la popular, porque ella es un poema, porque simboliza el sumun de la rebeldía, el fruto de los indios alzados que pelearon junto a Guarocuya y de los negros cimarrones que se le unieron, contra el enemigo común y ofrendaron su sangre en nombre de la más hermosa palabra de la historia: la libertad.

Respetemos ésta y las otras leyendas, como lo que son, parte del pueblo, fruto del auténtico pueblo dominicano; amemos ese pueblo llano, simple; no nos burlemos de sus creencias, aprovechemos sus sagas, sus consejas, sus cuentos, sus leyendas, porque está demostrado que el único creador auténtico es el Pueblo. Respetemos ese pueblo llevando al arte culto sus leyendas.

Que así sea!

15 de agosto de 1975
San Francisco de Macorís
La Joya

OBRAS CONSULTADAS

TRADICIONES Y CUENTOS DOMINICANOS.— Emilio Rodríguez Demorizi, colección Pensamiento Dominicano No. 42, Julio D. Postigo, Editores, Santo Domingo, 1969.

LENGUA Y FOLKLORE EN SANTO DOMINGO.— Emilio Rodríguez Demorizi, Colección Estudios, UCMM, Santiago, 1975. Imprenta Editora Educativa de Santo Domingo.

- INDIOS.**— Juan Bosch. Editorial La Nación, 1935. Ciudad Trujillo.
- MITOLOGIA Y ARTES PREHISPANICAS DE LAS ANTILLAS.**— Siglo XXI, México, 1975. José Juan Arrom.
- LOS NEGROS Y LA ESCLAVITUD EN SANTO DOMINGO.**— Carlos Larrazábal Blanco. Colección Pensamiento Dominicano, Abril, 1975. Santo Domingo.
- ANALES 41—44 UASD.**— “Relación de la Antigüedad de los Indios de la Española, Santo Domingo, 1947 (RAMON PANE).
- ESTAMPAS.**— Rafael Damirón. Imprenta Listín Diario, 1938, Santo Domingo.
- CACHON.**— (Novela), Miguel Angel Monclús, Imprenta Montalvo, 1958, Santo Domingo.
- PALABRAS INDIJENAS DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO.**— Emiliano Tejera, Editora del Caribe, 1951, Ciudad Trujillo, R. D.
- LOS NEGROS, LOS MULATOS Y LA NACION DOMINICANA.**— Franklin J. Franco. Editora Nacional, 1969, Santo Domingo.
- GUAZABARA.** (Novela) Alfredo Fernández Simón, Editora Salas e hijos, Lima, Perú, 1958.
- LA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVI.**— Frank Moya Pons, Ediciones de la UCMM, Santiago. Editora Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1971.
- PREHISTORIA DE QUISQUEYA.**— Joaquín Priego. Santo Domingo, 2da edición, 1971.
- HISTORIA COLONIAL DE SANTO DOMINGO,** Frank Moya Pons, UCMM, 1974. Impreso en Gráficas M. Pareja, España.
- LOS TAINOS DE LA ESPAÑOLA,** Roberto Cassá, Editora de la UASD, colección Historia y Sociedad No. 1, Editora del Caribe, 1974.
- ARQUEOLOGIA PREHISTORICA DE SANTO DOMINGO.** Marcio Veloz Maggiolo, Impreso en Singapore, por McGraw—Hill Far Eastern Publishers (S) Ltd., 1972.
- LA REBELION DEL BAHORUCO.**— Manuel A. Peña Batlle, Colección Pensamiento Dominicano No. 45, Santo Domingo, 1970.
- CONOCIMIENTO Y POESIA EN EL FOLKLORE.** Manuel Rueda, ediciones de la UNPHU, Santo Domingo, 1971.
- EL ALPINISMO EN LA REPUBLICA DOMINICANA.** Editorial El Diario, Santiago, 1947.
- ENCICLOPEDIA UNIVERSAL SOPENA,** Barcelona, España, 1963.
- LOS QUE SE VAN.**— Joaquín Gallegos Lara, Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta. Narradores de Hoy No. 17, Buenos Aires, Argentina 1972.
- MI COMPADRE GENERAL SOL.**— Jacques Sthepen Alexis, Editora Taller, Santo Domingo, 1972.
- BIOGRAFIA DE UN CIMARRON.**— Emilio Barnet. Editorial Galerna, Buenos Aires, Argentina, 1968.

HISTORIA SOCIAL DE LA LITERATURA Y EL ARTE. Arnold Hauser. Tomo I, Guadarrama, Madrid, España, 1969.

INTRODUCCION A LA HISTORIA DEL ARTE. Ediciones Guadarrama, España, 1969.

HISTORIA SECRETA DE UNA NOVELA.— Mario Vargas Llosa, Cuadernos Marginales, Tusquets Editor, 1971. (España).

GOBERNADORES DEL ROCIO (Novela), Jacques Roumain, Biblioteca del Pueblo, Nuestra América, Habana, Cuba, Imprensa Nacional de Cuba.

HISTORIA DE LA TRATA DE NEGROS.— Mannix & Crowley, Alianza Editorial, Madrid, 1970.

SOCIOLOGIA DEL ARTE, Pierre Francastel, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

POESIA ANONIMA AFRICANA.— Miguel Castellote editor.

HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS. . . Gonzalo Fernández de Oviedo.

HISTORIA DE LAS INDIAS, Fray Bartolomé de Las Casas.

HISTORIA ECLESIASTICA DE SANTO DOMINGO. Carlos Nouel.

LA MUERTE DE LA CIGUAPA.— Cayo Claudio Espinal. Narración, La Información, Santiago, 7 de julio de 1973.

LAS CIGUAPAS ESTAN DE MODA.— (Artículo), Francisco Batista García, Listín Diario, Santo Domingo, Suplemento sabatino, 21 de julio 1973.

LA COLORADA. Novela inédita, Francisco Nolasco Cordero, original de 1964.

Cuadernos Populares Dominicanos. 1973, Museo Folklórico de Tomás Morel, Santiago.

BOLETIN DEL FOLKLORE DOMINICANO, No. 1, 1946, Santo Domingo.

SUMARIO DE LA NATURAL HISTORIA DE LAS INDIAS. Oviedo. Anaya, 1963.

OBRAS ESCOGIDAS. Manuel Arturo Peña Batlle, Col. Pensamiento Dominicano, No. 39, 1968.

EL PENSAMIENTO SALVAJE, Claude Lévi—Strauss. Fondo de Cultura Económica, 1964.

POESIA DE LA NEGRITUD. Publio L. Mondejar. Editorial Fundamentos, Madrid, 1972.

HISTORIA DE LA CULTURA DE LA AMERICA HISPANICA. Pedro Henríquez Ureña, CFE, México, 1947.

ANTOLOGIA DE LA POESIA FRANCESA.

